

## CARETA LITERARIA

*Samuel Pérez Sánchez*

Administrador del blog literario «TardedeLeer»

¿Alguna vez te has sentido entre la espada y la pared? ¿Entre la pasión y el deber? ¿Has querido hacer algo con todas tus fuerzas, pero otra fuerza externa te lo impedía? Así me sentía yo, mucho antes de entrar en la universidad. Mi mundo se me estaba quedando pequeño y no lo podía permitir. La única vía de escape que encontré fue la literatura. Nuestra relación fue forjándose y convirtiéndose en única. Ella y yo.

En cierta manera, para mí, la literatura y este campus significan lo mismo: libertad. Así, y de una manera oculta, decidí crearme un blog literario, donde escribir y compartir mi opinión sobre las historias que disfrutaba a escondidas. Nadie de mi entorno me entendería. Sin embargo, al final, todo explotó y, quién sabe si destino o casualidad, tuve que contarlo. Esta es mi historia.

Quien diga que la literatura es un tema atractivo es porque la está estudiando. Tú no estás en una discoteca un sábado por la noche y le dices a una persona que te atrae: «Me has recordado a la protagonista del último libro que leí y quiero descubrir si eres tan maravillosa como ella». Tampoco pretendí hacerlo nunca, pero tener una conversación sobre esos nuevos mundos que iba descubriendo me hubiese gustado muchísimo. Nadie de mi entorno leía lo mismo que yo, ni entendían que estuviese horas y horas haciéndolo. Poco a poco fui encerrándome, creando un mundo interior maravilloso y del que solo yo tenía la llave. Por mi cumpleaños pedía libros, por navidades más de lo mismo. Nadie, absolutamente nadie, leía. ¿Con quién comentaría? ¿Quién sería mi aliado en esas aventuras? Mis opiniones se pudrían en silencio, hasta que descubrí que había otras personas que se encontraban en la misma situación que yo, pero que no conocía. ¡Bendito Internet!

Creé un blog llamado «Tarde de leer», y ahí ponía esas opiniones que me callaba por no tener con quien compartirlas. Mis textos viajaban en la red y llegaban a miles de hogares, a jóvenes que se sentían tan aislados como yo. En los comentarios nos conocíamos, hablábamos de los libros del momento y, con los años, se fue creando una

gran comunidad. ¿Quién nos lo iba a decir a nosotros? Dentro de la red nos sentíamos liberados, mucho más que en mitad de la naturaleza. Allí nadie nos juzgaría jamás. Y si alguien, en algún momento, lo hacía, teníamos las armas suficientes para defendernos.

Si me hubiesen preguntado en aquellos años si escondía algún secreto, hubiese pensado en mi blog. Todo el mundo tenía acceso, pero nadie sabía que existía. Tenía en mis manos el poder de mi autoestima.

Cuando llevaba más de un año con el secreto me llegó un mail. Una editorial estaba interesada en colaborar con mi página mandándome libros. Mi única función sería reseñarlos y ayudarles en su difusión. Puro *marketing*. No cobraría nada, solamente recibiría un libro nuevo en la puerta de mi casa cada vez que terminase el anterior. Acepté, por supuesto. ¿Quién se hubiera negado? No me importaba la reseña, ni todas las horas que iba a estar leyendo un libro que, quizás, no me estaba gustando. El trato era sencillo: escribir algo del libro seleccionado para que mis lectores se enterasen de que existía. No importaba si la publicidad era positiva o negativa. Lo peor de este fenómeno es que todos los blogueros, es decir, mis compañeros, aceptaron igual que yo. Sin condiciones. Era un trato maravilloso y todos estábamos cegados al leer la palabra «gratis» al lado de la editorial de turno. Se nos olvidó leer entre líneas: «Trabajarás gratis».

En mi ilusión adolescente olvidé que el repartidor de Correos iba a desvelar mi gran secreto. Sin embargo, cuando fui consciente, ya me estaba preguntando mi madre. Se lo conté y no dudó un momento en preguntarme: ¿por qué no lo has dicho antes? Ella estaba orgullosa, al igual que mi padre, y ambos fardaban de que su hijo trabajara con grandes empresas. Y yo, para variar, muerto de la vergüenza. Ese fue el punto de inflexión. Si quería seguir creciendo y, en un futuro, dedicarme a ello, tenía que contarlo.

Se me contagió un poco el orgullo que sentían mis padres y empecé a sentirlo en mis carnes. Había llegado a tener bastante repercusión, y esas editoriales que nos utilizaban, también nos elegían como «mejor blog de literatura juvenil». Si algo he aprendido en todo este recorrido es que, si alguien tiene la posibilidad de pisar al que tiene a su lado para conseguir beneficio, lo va a hacer. Y en nuestra comunidad se empezó a palpar este sentimiento, esta avaricia y este resentimiento. Las editoriales contaban conmigo para leer manuscritos, me mandaban copias no venales y un largo etcétera de ejemplos que ya quedan muy lejos. Antes era un *hobby* y ahora intento profesionalizarlo, dándole el lugar que merece mi trabajo.

Siempre he tenido bastante miedo del qué dirán, pero lo olvidé hace mucho tiempo. El problema se encuentra cuando ese «qué dirán» no existe y lo creas en tu cabeza. Tú mismo te contaminas, te menosprecias y creas una imagen de la realidad que no se ajusta al

exterior. La literatura, para mí, siempre ha sido sinónimo de libertad y superación. Eso es lo que quiero transmitir con este breve artículo. Sentíos orgullosos de vuestros actos, decidid sin miedo y jamás os quedéis con las ganas de haberlo intentado.